

las teorías sociales o el ámbito de la poesía. Del lado propiamente científico, cobran relevancia el paradigmático Kuhn y el antimetodológico Feyerabend. Cada uno a su manera cuestiona la coherencia interna del discurso científico y su inmanente capacidad para avanzar siempre en la dirección adecuada.

De manera que si esos discursos totalizadores se agotan, quedamos irremediablemente a merced del mencionado pensamiento científico/técnico y su perfecto maridaje con el capitalismo planetario: un mundo de planificación creciente, de hálito totalitario, que aplasta en su marcha el reputado como mayor logro de la Ilustración: el nacimiento del sujeto libre y soberano de sí, aquel que alcanza su estatuto político a través de las modernas prácticas políticas de tinte liberal. De aquellas tempestades liberadoras devienen, entonces, estas estructuras carcelarias de existencia también virtual. En términos filosóficos de deliberada finura, esta máquina que cautiva al Ser se llama «falologocentrismo» en Derrida o «tradición ontoteológica» en Heidegger. Si no existe un discurso que se corresponda con el mundo, sólo cabe esperar que la multiplicidad de referencias discursivas a éste constituyan un tapiz multicolor que inaugura una etapa de incertidumbre o, peor, que nada espera (de allí lo *post*). Así y todo, e independientemente de algunos intentos por encontrar un punto de apoyo libre de toda sospecha (el Ser, el Significante, la *Differánce*, etc., para nombrar unos pocos de raigambre francoalemana y que en algunos casos despiden aromas metafísicos), el tono general es claramente antihumanista, se resisten a la captación del fenómeno humano desde una perspectiva «simplemente» antropológica en la que la objetualización del mundo garantiza su manipulación (manipulación que alcanza, y en primer lugar, a los sujetos mismos). Otros, por su parte, hablarán de «la lógica material del capitalismo avanzado» (Eagleton, Jameson –el que más–, Anderson, Harvey), acentuando la materialidad constitutiva de los procesos económicos y sociales que pone en marcha el poscapitalismo (que lo hay) y que define al desorientado sujeto de nuestros tiempos, si es que quedan sujetos todavía.

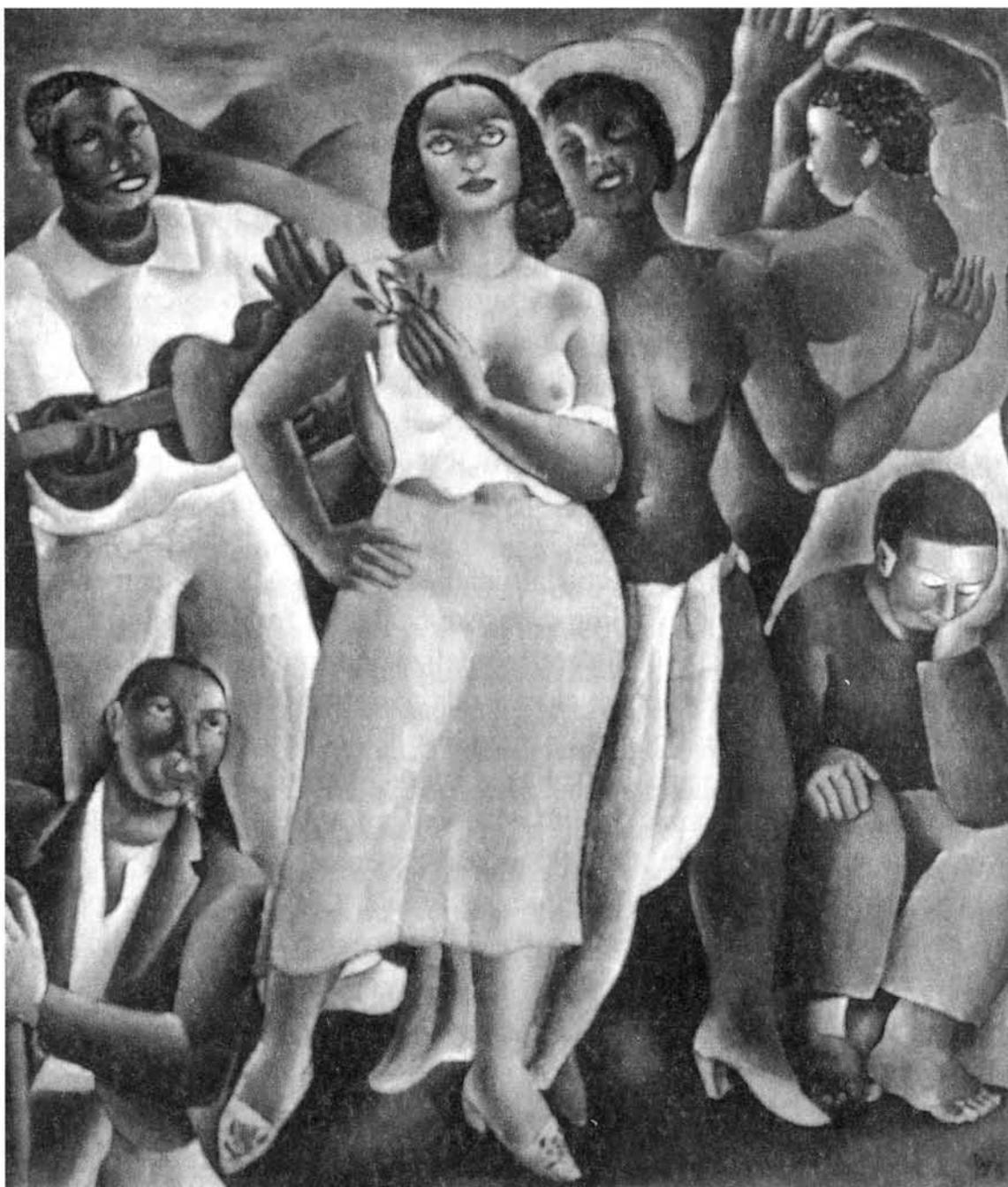
Una vez puesto el lenguaje en el centro de la escena, las narrativas, teóricas o no, pasan, no a dar cuenta de algo que estando allí afuera espera su discurso correspondiente que lo refleje, sino, y fundamentalmente, de sí mismas. Es el lenguaje el que produce realidad; la verdad no se descubre, se crea. Este giro (obviamente llamado lingüístico) cuestiona también al mismo discurso científico y su pretensión de verdad. Pero el lenguaje no es cosa fácil. En un recorrido extremadamente sintético, y sólo a título de mera ilustración, se expondrán las variantes más significativas del asunto.

Así, este giro adquiere inicialmente en los filósofos analíticos la aspiración a un lenguaje ideal que, en su pureza, encarnaría ese clásico deseo metafísico de una entidad incontaminada de las impurezas de la vida. De esta manera, se permiten la descalificación de todo discurso que no refrende su certeza desde un referente empírico (las chanzas de Carnap a la frase «la nada nada» de Heidegger), relegándolo a los caprichosos avatares de los meros deseos, la poesía y asuntos de ese jaez. En el otro extremo, el mismo Heidegger, inicialmente quejoso por el olvido del Ser (mal asunto que es como la pepita de la metafísica, cuestión de larga data que culmina con la voluntad de la Voluntad –de poder– y el dominio técnico del mundo), señala en la *Carta al humanismo* que el lenguaje es «la casa del Ser» y que «el lenguaje nos habla». De modo que el pensador alemán, para alejarnos de la cháchara y los parloteos varios, nos invita a percibir lo que acaece (*Ereignis*) intentando escuchar y dar respuesta a las palabras primordiales en las que el Ser se ha expresado: *physis*, *logos*, *energeia*, etc., sin olvidar ese oscuro aletear de la muerte que nos debería recordar hacia qué definitivo lugar se encuentra irremediabilmente abocado el *Dasein*. Como se puede apreciar, la poderosa línea del pensar heideggeriano apunta al corazón de la construcción del sujeto moderno, esto es, a su destrucción. Pero hay más. En la concepción estructuralista el lenguaje radicaliza aún más la apuesta estableciéndose como una estructura simbólica que opera a modo de un *a priori* (condición similar, una vez más, a la condición trascendental de la experiencia en Kant, pensador que resiste a los nuevos tiempos y reaparece bajo la luz de una especie de semiotización de su pensamiento) en la que el lenguaje opera sobre sí mismo, es, por así decir, el que piensa, remitiendo al sujeto a una pura exterioridad que culmina, en Lacan, con su adscripción al Significante. De esta manera, el sujeto no sólo queda a merced de la red simbólica a la que es «arrojado», sino que la misma noción de estructura exige la devaluación del tiempo en beneficio del espacio (de allí cierta pasión por la topología y sus implicaciones matemáticas), de modo que el tiempo operaría como un efecto del espacio: adiós historia. Pero, aunque sólo sea por aquello del roto y el descosido, la conceptualización hermenéutica del asunto (Gadamer *et al.*) otorga a la importancia central del lenguaje matices menos amenazadores para el posujeto, o como se quiera llamar a lo que nos va quedando de éste, reivindicando la constitución prejudicial de la consciencia y dejando abierta la cuestión del tiempo y de la autoimplicación del yo: bienvenida la historia. Del otro lado del Atlántico, Donald Davidson nos insta a borrar los límites entre el lenguaje y el mundo; de esta manera, cree, quitaremos el pan y la sal a escépticos y metafísicos. Y sigue.

Este vertiginoso viaje que culmina con la explosión de múltiples narrativas, con la sospecha de la *theoría* y con el acecho del relativismo, no parece tener una meta, cosa que a algunos les sienta bien, acentuando una actitud pragmática que colorea los nuevos tiempos. ¿Y Freud? Quizá se hubiera sorprendido frente a tanta diseminación. Hombre ilustrado, al fin, ocupó con su monumental presencia un papel central en algo que siempre fue un rasgo ilustrado: la necesidad de la crítica. Su vocación moderna no vivía al sujeto con la impronta de su cierta disolución, y lejos estaba de considerar la secuencia Platón-Descartes-Kant como una narrativa que acabaría en ello. Inscripto en el humanismo de las Luces, sin embargo, lo hirió de profundo modo, a pesar de su vocación por el logro de un Yo que ocuparía trabajosamente los oscuros territorios del Ello. Así y todo, si reconocemos en la posmodernidad el deseo de reivindicar la peculiaridad del sujeto con todas sus contradicciones y marcado por el azar del tiempo que le tocó vivir, hasta es posible que se halle en su pensamiento un avance posmoderno. Oscilando siempre entre el hálito romántico y la exigencia científica, anuncia y formaliza el drama que el siglo XX desplegaría (un drama no sólo teórico, claro, asunto que, en definitiva, sólo inquieta a unos pocos). Como todo verdadero creador, no sólo crea un nuevo campo del saber, sino que lo descubierto en sí resiste desde el centro del desconcierto a tanta diáspora conceptual. Si el inconsciente existe, existe de una vez y para siempre. Si la arqueología del sujeto confirma las palabras de Wordsworth (el hombre es el hijo del niño), si la prohibición del incesto subyace a la constitución de la cultura, si lo pulsional se da de bruces contra la razón establecida (tanto si es ilustrada, posmoderna o dialógica), se podrá abreviar en este agua para cada particular molino: cada campo semántico establecerá sus propias conexiones internas que darán credibilidad a su discurso. Pero habrá que estar con o contra Freud, y no se saldrá indemne después de familiarizarse con su pensamiento. Así como Marx replantea los análisis de Ricardo y Mills rescatando el dolor real que subyace a la estructura capitalista e intentando formalizar una economía política que dé cuenta de ello, Freud hiere en el centro a la razón autosuficiente, abriendo un vasto campo de saber que marca todo discurso, incluido los postilustrados, y recordando la fragilidad de todo conocimiento sometido al vasto país de las pulsiones. Hubo en él aspectos emancipadores y aspectos claramente conservadores, una oscilación entre el desenmascaramiento y el control, doble faz que reitera la contradicción ilustrada: de su ambición de liberar al hombre de las cadenas del prejuicio y las engañosas trascendentales, devino esta burocratización del deseo, este sometimiento callado a los consuelos del *entertainment*, la organización del vacío de las sociedades tecnocapitalistas.

Este doble registro mete de lleno al pensamiento freudiano en el debate filosófico contemporáneo, ya que si bien hay un ejercicio formal que advierte a la razón ilustrada sobre sus pretensiones, el fracaso de esa misma razón lleva a reconsiderar los límites del mismo humanismo que la sostiene. Más allá de esos límites, se abre el espacio que horada el principio de realidad y permite asomar en su inmensidad la pulsión de muerte. Si los tiempos que corren permiten acentuar este aspecto trágico en Freud, la mesa está servida para la aniquilación del sujeto tal como lo conocíamos, aquel que creyendo que se servía a sí mismo se encuentra, en verdad, abocado a un destino cuyas fuerzas desconoce pero a las que se entrega ciego de sí. Algo no demasiado lejano de las fuerzas del mercado y la oferta irrestricta de mercancías para el consumo ocioso. Quizá esto explique algo del proverbial escepticismo del maestro vienés. Muy moderno, por lo demás.

De manera que la razón psicoanalítica no es razón y, probablemente, ni siquiera sea psicoanalítica, en tanto resiste cualquier formalización estable y duradera. Si esto fuera así, la conceptualización freudiana sería el rostro necesariamente oscuro que subyace a toda narrativa (posmoderna o no) y que informa acerca de algunos universales inevitables. La conceptualización freudiana del inconsciente subyace a toda dialéctica posible acerca de las posibilidades humanas. Se instala como un referente ineludible que, junto a la producción capitalista y sus consecuencias, resiste la perversión de discursos autosuficientes y circunstanciales. Dicho de otro modo: la materialidad del mundo siempre hará síntoma, aunque estos síntomas adquieran modos posmodernos.



Emiliano di Cavalcanti: *Samba* (1925)